

LOS ESCRITORES EN CLASE

● **ELODIA LUZARDO: LECTURA EXPLICADA Y DIÁLOGO.** Montevideo, Diaco, 1969, 132 pp.

LIBRO para profesores, pero interesante para cualquiera, viene a ser este diario de una singular experiencia docente. Así es como la autora denomina la audición de un cuento y algunos poemas, su comentario, y el posterior enfrentamiento de los estudiantes con los autores, Francisco Espinola y Esther de Cáceres.

Con rigor deductivo forzosamente somero, se enumeran en la introducción los fundamentos filosóficos, lingüísticos y metodológicos que condujeron a formalizar cada uno de los pasos que se cumplen. Siguiendo las ideas de Cassirer y de Bühler —y las de tantos otros, desde San Juan hasta Barthes— se considera el lenguaje como el organizador del mundo del hombre. Nada más importante, por consiguiente, que aprender, o aprehender, el idioma. Y la motivación psicológica puede ser un instrumento apreciable para que el estudiante adquiera y desee ejercitar las funciones del lenguaje.

De acuerdo con el planteo de Wellek y Warren, la obra literaria, lenguaje organizado artísticamente en busca de una trasmisión más efectiva, es considerada como una totalidad sistematizada de varios estratos: el fónico, el de las unidades sintácticas, el "ruido del autor" y, por fin, el estrato de las "calidades metafísicas". Se pasa entonces, en esa sucesión, de la visión globalizadora al análisis, y de él a la síntesis. A la audición de la obra seguirá en consecuencia su estudio sistemático y luego la comprensión de realidades más amplias y profundas. Es en esta última etapa en donde puede reconocerse el mayor valor de la "experiencia", sin desconocer la premeditada labor pedagógica que condujo al estudiante a formu-

lar interrogaciones precisas. Tal resultado resulta particularmente sensible en la clase de Espinola. Pudo haber sido una incomodidad la pompa con que se realizó, impidiendo el calor de una comunicación más íntima entre el autor y sus lectores. Pero los estudiantes no olvidarán nunca, seguramente, su enfrentamiento, no tanto con el escritor Francisco Espinola, sino con un muy concreto Paco Espinola, nacido en San José, "con experiencia y razón", como el Ulises de Du Bellay, que evoca su niñez, la figura patriarcal de su padre y, sobre todo, la distinción entre la felicidad de la existencia rica y la alegría —"feliz se es cuando el alma está limpia de sus propios reproches"—, ese mundo de Patria Vieja que fue el suyo.

Quien habla es nada menos que un testigo, con toda la imponencia del caso; y por su charla podemos oír y aprender lo que él solo puede decir, y que tan pocos dicen. El libro adquiere en esas páginas una calidad humana que parece exclusividad de Espinola, con esa rara virtud suya de estar presente y de hacerse incluso indispensable, cuando cualquier otro, imponiendo de esa manera su presencia, aparecería casi indefectiblemente como un intruso. La presencia de Paco Espinola tiene la privilegiada virtud de dar su yo más viviente al comunicar su experiencia, en un contacto humano del que es imposible hacer desgloses.

El encuentro con Esther de Cáceres apunta a miras más complejas: las relaciones del mundo poético con la realidad. La aproximación a los poemas en clase fue esencialmente racional, pero la profesora logró una respuesta afectiva, tal vez la más profunda a que puede llegar un adolescente, dando por descontado que la sutileza de las intuiciones más amplias sólo pueden ser un logro posterior. Esther de Cáceres lo habla sin embargo como a iguales, y aunque puedan haber quedado zonas oscuras, se proporciona en esta emergencia un buen ejemplo de lo que Vaz Ferreira llama "captación de lo parcialmente comprensible".

En esta "experiencia" pedagógica meditada y coherente, el encuentro de los alumnos con dos escritores aparece en resumen con un valor suscitante indudable, aunque no resulte fácil, tal vez, su sistematización. Puede creerse sin embargo a la profesora, cuando afirma que en este caso fue "un verdadero impacto".

WASHINGTON LOOKHART

Viernes 2 de octubre de 1970